

— 322 —

DÍA 30, SAN FERNANDO

## En Huelgas está el secreto

---

Fernando III es un hombre de múltiples fortunas. En la galería de Reyes medievales se alza con un señorío espectacular: verifica en su persona la unión definitiva de Castilla y León (¡Ay, unión fatigosa de España: cómo te tratan algunos insensatos!); empuja la Reconquista hasta el océano y alberga sueños de Cruzada allende el Estrecho. Su reinado transcurre en una envidiable paz interior; Castilla se proyecta hacia Europa; el idioma espera el moldeo final de Alfonso, el hijo mayor del Rey, y en arquitectura se impone el estilo gótico. Fernando casa sucesivamente con dos mujeres delicadas, que le hacen padre de numerosos hijos. Todo le sonríe. Y su virtud alcanzó tal grado, que la iglesia la califica de santidad. Tiene, pues, el rocío del cielo y los frutos de la tierra. Dios se complace en este varón equilibrado y feliz.

Pero nosotros, inquisidores de la realidad de las cosas, sin que nos aturda el ruido de sus patronazgos, tan legítimos como el de la Juventud y la Ingeniería Militar, hemos de preguntarnos dónde está la clave, cuál fue el secreto de esta vida espléndida, coronada por el éxito en todos sus aspectos, por disparatados que pareciesen. Como aquel sueño que supo infundirle nuestro Obispo Mauricio, el sueño de la piedra más equilibrada y coqueta que existe, hecha encaje de incienso, oración y belleza en la Catedral de Burgos, cuya primera piedra cayó, en su lecho frío, de las manos juveniles de don Fernando y doña Beatriz —la prolífica reina alemana, bella y delicada como un junco—, un 20 de julio de 1221.

El misterio básico no es, en realidad, muy profundo. Nosotros sabemos que Fernando, como todos, fue hechura de Dios. El dirige los pasos de los humildes «siervos de la gleba» y de los Reyes. Todos bailamos la danza que El marca... Sabemos que todo bien de arriba viene... Pero tam-

poco ignoramos que el Señor suele servirse de intermediarios, de alguien que nos trae el amor, el consejo, la advertencia; de alguien que nos manda, nos ayuda, nos protege; de alguien que es, en definitiva, un mediadero de Dios. En todas nuestras vidas, y sobre todo en algunos momentos, hay siempre un delegado del Señor.

¿Lo tuvo San Fernando...? Sí. Y quisiera que mi afirmación fuese rotunda, envuelta en el más sincero convencimiento. Creo que, después de Dios, la realidad fernandina —santidad, conquistas, engrandecimiento, paz nacional, familia numerosa—, se lo debe España a una sola mujer: a su madre doña Berenguela. Con esta figura de excepción se ha cometido una injusticia, de cuyo pecado debemos arrepentirnos, intentando sacarla del olvido en que yace, máxime nosotros los burgaleses, pues Burgos fue su cuna probable y, con certeza, es su sepultura. Podéis rezarla en Las Huelgas... Porque ya para el cronista medieval, doña Berenguela fue «toda cumplida sierva e amiga de Dios»...

Doña Berenguela es fruto de la maravillosa escuela femenina castellana, que hizo posible la ulterior grandeza de la Patria. De aquella escuela que tuvo alumnas como Blanca de Castilla, protectora del magnífico San Luis; como las ricas-hembras de Avila y de Martos; como las dueñas, fecundas, virtuosas y bravas, cuyos hijos ensanchaban España alabando a Dios...

La Crónica General tiene una frase excelente refiriéndose a doña Berenguela: «Era fembra et reyna et señora»... El cronista sabía cómo gradúa en Berenguela a las categorías de toda mujer: primero, el ser femenino; luego, el poder, y por último, la dignidad, el señorío. No basta con ser mujer y reina (hay tristes ejemplos de esto); ha de ser «señora». Como no basta con ser hombre y rey. Hay que ser caballero. Por eso, además, el castellano fiel, a la Virgen la llama «la Señora» y a Dios «nuestro Señor»...

Berenguela se proyecta felizmente en San Fernando. La síntesis la hace la Crónica: «Esta muy noble reyna así enderezó y crió a este hijo don Fernando en buenas costumbres et en buenas obras siempre, que los sus buenos enseñamientos et las sus buenas acucias que ella enseñó dulces como miel, según dice la estoria, no cesaron ni quedaron siempre de correr al corazón de este rey don Fernando... Era ya varón fecho et formado en edad de su fuerza cumplida y su madre la reyna doña Berenguela no quedó ni quedaba de decirle y enseñarle acuciosamente las cosas que placen a Dios y a los hombres —y lo tenían todos por bien— e nunca mostró las costumbres ni las cosas que pertenecen a las mujeres más lo que hacía a grandeza de corazón y a grandes fechos lo hacía... Guardó siempre a este hijo y le metió en el corazón hechos de obras de piedad, de hombre varón, mancebo y niño. Y esta noble reyna doña Berenguela, que medía antes las cosas y las veía, siempre fue con Dios»...

Siempre estuvo junto a su hijo: En Valladolid, renuncia a la corona para que alcen por rey a Fernando, Ella envía al Obispo de Burgos a Alemania, para que pida la mano de doña Beatriz. Muerta ésta, presente para su hijo los peligros de viudedad y le busca otra esposa en lejanas tierras, con la intención, también, de evitarle los enojosos pleitos de parentesco, que a ella misma la torturaron el corazón... Ella lanza a su hijo hacia León cuando muere Alfonso IX, siendo así madrina de la unidad española, y cuando el rey dirige personalmente la reconquista en el Sur, Berenguela es la regente en la retaguardia, con tal tino y prudencia, que su hijo y el pueblo castellano se sienten despreocupados y felices. Quiere retirarse a un convento, pero el bien común se lo impide y ella ofrece a Dios este sacrificio. Fernando, en representación de toda Castilla, era para ella siempre «asaz niño y señor»; como un niño al que se trata con el respeto máximo.

Murió cargada de méritos y de años. La lloraron el Rey y España entera. «Y no era maravilla el tener tan gran pesar, porque perdió tal madre que nunca rey en su tiempo otra perdió que tan cumplida fuese a todos los sus fechos... Esta era espejo de Castilla y de León y de toda España, por cuyo consejo y por cuyo seso se guiaban muchos reynos. Llorada fue por Castiella... Esta era complida sierva e amiga de Dios. La nombradía de sus bienes e de las buenas obras e de las noblezas de ésta, fue esparcida por todo el mundo; porque ésta fue ejemplo de toda bondad, a la cual haga Dios merced e piedad, cuya amiga y sierva verdadca ella era»...

Indudablemente, la grandeza del reinado de San Fernando tiene un secreto. Esta admirable mujer necesita caballeros que la representen en sociedad. Se quiere pedir al Papa la canonización de Isabel la Católica. Magnífica idea que sólo merece aplausos. Pero se debe crear una conciencia, al menos castellana, en torno a doña Berenguela. En esto nos dan ejemplo los portugueses: ellos consiguieron ya en 1705 la beatificación de doña Teresa, la primera y bondadosa esposa de Alfonso IX, separada también por parentesco... Y no está bien que Portugal nos aventaje con esto y con el Benfica... Los lazos y las semejanzas entre doña Teresa y nuestra Berenguela son extraordinarios.

La actual mujer castellana tiene aquí una noble causa que lidiar. Y Burgos, en sus estudiosos y hombres de pro, debe hacer un examen de conciencia para ver si es lícito «esconder esta antorcha bajo el celemín». Todo el honor que tributemos a San Fernando es merecido; la santidad y la gloria tienen mucho de decisión personal, pero, caballeros, no olvidemos a la dama virtuosa y genial que hizo posible esa grandeza.

FRAY VALENTIN DE LA CRUZ, O. C. D.

(De «Diario de Burgos»)